

No podemos pensar dos veces con el mismo cerebro

2011-03-03 05:00:00

François Ansermet, psiquiatra del hospital de Ginebra: aúna psicoanálisis y ciencia

Qué cura nuestra mente: las palabras o las pastillas?

Los neurocientíficos creen que las palabras no curan y que el psicoanálisis es pura mitología y, a su vez, muchos psicoanalistas piensan que los neurocientíficos son incapaces de aceptar que cada mente es diferente, porque ha tenido vivencias diversas y, por ello, las pastillas no sirven igual para todos.



¿Y ambos están de acuerdo en algo?

Hasta ahora, no, pero un neurocientífico, Pierre Magistretti, y yo, que soy psicoanalista, hemos diseñado un modelo que explica por qué las palabras de los psicoanalistas curan tanto como las pastillas.

Cuéntenos.

Cualquier experiencia modifica la sinapsis, la transferencia de información entre neuronas, y las palabras también son experiencia.

¿Cualquier vivencia cambia la mente?

Cualquier experiencia imprime en nuestro cerebro una nueva huella sináptica y, a su vez, al verbalizarla –otra experiencia– también la modificamos. De ese modo, las experiencias modelan nuestra mente y las palabras con que revivimos una experiencia la reescriben de una nueva manera en nuestra memoria. Por eso, no podemos pensar dos veces con el mismo cerebro... Pero la pregunta es: ¿cómo podemos cambiar a cada instante de cerebro sin dejar de ser toda nuestra vida nosotros mismos?

¿...?

Imagine que se hace usted una foto idéntica cada día a la misma hora en el mismo lugar.

Fácil.

No podemos pensar dos veces con el mismo cerebro

Su foto de hoy será casi calcada a la de mañana y la de mañana a la de pasado mañana...

Sí...

... Pero si compara esa foto suya de hoy con la que se haga dentro de diez años, verá que su imagen ha cambiado muchísimo.

Espero que no tanto...

¡Igual le pasa a su cerebro! Por eso, por mucho que nuestra genética nos influya, cada uno de nosotros somos totalmente libres —el cerebro es nuevo— en cada decisión que tomamos. La libertad del hombre, por tanto, es más que irrenunciable: estamos determinados para no estar determinados.

¿El cerebro cambia y la identidad, no?

Así es, porque cada experiencia lo modifica sin que deje de ser él mismo. Es un proceso similar al del lenguaje que explica Saussure: cada hablante va transformando imperceptiblemente una lengua —que es un sistema, como el cerebro— al utilizarla a su modo en cada momento, de forma que nadie habla nunca el mismo idioma. Cada vez que hablamos, hablamos una lengua diferente.

Pero aun así nos vamos entendiendo.

Si usted escuchara a un hablante que utilizó su misma lengua hace 500 años ya no lo entendería igual y, sin embargo, es la misma lengua. La lengua que se habla hoy difiere muy poco de la que se hablará mañana y la de mañana de la de pasado mañana, pero la actual es muy diferente de la que se hablará dentro de 500 años, que, sin embargo, será casi igual que la del día anterior...

Cada vez que hablo una lengua es diferente y la misma.

¡Pues igual se modifica nuestro cerebro!

¿La sociedad o la genética no son también culpables de según qué crímenes?

El entorno, las vivencias anteriores y la genética influyen, pero no deciden por nadie. Yo soy yo y mis circunstancias, sí, y mi pasado: la historia nos atraviesa, vale, pero cada uno decide su propia historia en cada acto.

¿Y la memoria?

El fundamento del psicoanálisis es que se moldea, como todo el cerebro. Al evocar una vivencia y reinterpretarla la volvemos a inscribir en la memoria de forma diferente.

La memoria es un país en el que todos somos extranjeros.

Por eso, también somos plenamente responsables y capaces de decidir no sólo cada uno de nuestros actos, sino también cada uno de nuestros recuerdos: los moldeamos.

No podemos cambiar nuestro pasado, pero sí el modo en que lo recordamos.

Los resortes de la memoria están en nuestras manos. No podemos cambiar los hechos, pero sí el modo en que los interpretamos y los recordamos, y por tanto cómo nos influyen. Podemos así modificar también

No podemos pensar dos veces con el mismo cerebro

cómo los sentimos y nos afectan, y así podemos mejorar: al entender nuestros porqués.

De ahí que las palabras curen.

No pueden cambiar lo que sucedió, pero sí el modo en que nos afecta lo que sucedió.

Damasio me dijo en La Contra que el cerebro actuaba anticipando el placer.

El cerebro anticipa el placer y por eso actuamos: nos gratifica con sustancias placenteras, pero, ojo, también anticipa el displacer.

No sé si le sigo.

Sigue el mecanismo de las adicciones: como el cerebro nunca es el mismo, cada vez necesita más gratificación para seguir actuando. El drogadicto comienza tomando droga por placer y acaba tomándola para no sufrir el displacer del síndrome de abstinencia.

¿Nuestro cerebro hace lo mismo?

Y por eso al final del máximo placer está la destrucción. Ese mismo bucle explica cómo al fin del placer de la creación está la destrucción de la propia obra, para poder seguir gratificándose al recrearla de nuevo.

Le intuyo, pero no sé si le entiendo.

Vea documentales de Picasso y verá cómo pintaba –exultante– y lo borraba –entusiasta– para poder volver a pintar algo totalmente distinto y así seguir gozando.

Crear y destruir

Actuamos para lograr placer y ¿al tiempo¿ para evitar displacer. El mecanismo de la adicción nos guía: empezamos obrando por lograr placer y acabamos obrando para evitar el displacer que causa no obrar. Y al final del éxtasis, destruimos para poder obrar de nuevo. El goce creador exige instantes destructivos: ¡miren los filmes de Picasso pintando y tachando para poder volver a pintar! Ansermet cita la respuesta de Freud a Einstein, que le había pedido apoyo para la Sociedad de Naciones: ¿La paz es empeño vano, porque la guerra es la inevitable fase destructiva del genio humano¿. Freud anticipó así por qué la sociedad más culta de la historia se precipitó en la autodestrucción nazi

La Contra de La Vanguardia

Victor-M Amela, Ima Sanchís, Lluís Amigué